

alta, el Senado, renunciara á su ilusorio poder constituyente á cambio de un verdadero poder legislativo, compartiéndolo con el Emperador y el Congreso; y para coronar el edificio imperial propuso que la prensa y la tribuna fueran todavía más libres; que se destruyeran los distritos y se fundaran las circunscripciones, dando garantías al sufragio universal; que se dejase á los ayuntamientos la facultad de elegir los alcaldes; que se aumentaran las prerogativas de los consejos generales y se diera publicidad á sus debates; que se abandonara ya ese terror al inofensivo espectro rojo, terror nacido del hábito de andar entre tinieblas, y explotado para tener en servidumbre, y bajo tutela á los infelices pueblos.

El discurso produjo una mezcla de extrañeza y horror como si la revolución estuviera llamando á la puerta de aquel panteón de momias reaccionarias. Por muy mala idea que tuvieran los senadores del primo hermano de su augusto amo, apenas daban crédito á sus propios oídos, apenas podían comprender tanta audacia. Los ministros se agrupaban en su banco cual un ganado sorprendido por la tempestad. El Emperador recibía á cada cuarto de hora notas taquigráficas por el telégrafo y deploraba tal extravío de uno de los suyos. «Jamás, dijo indignado el ministro de la Gobernación, jamás asociaré mi nombre á tal política,» y los senadores aplaudían como si de encima se les hubiera quitado un gran peso dándoles en cambio una gran esperanza. El senador. Según llamó al discurso en plena Cámara escandaloso y aflictivo,

Mr. Devienne le arrojó un dardo verdaderamente parlamentario, le denominó programa de la rama segunda, con lo cual recordó el proceder de los Orleans con los Borbones, y atrajo las sospechas del César para quien todos hablaban, hácia aquel su peligroso pariente.

Pero el golpe estaba dado, la evolución hecha, transformadas las instituciones imperiales, abierto un nuevo horizonte al Imperio, horizonte parecido al cielo de esas noches de verano en que no hay una sola nube y en que centellean por todas partes, en todas direcciones, los mudos relampagueos de la tempestad. El organismo imperial había perdido su sustancia propia, sus propias formas; había dejado de ser lo que antes era, y su transformación no se verificaba sino á costa de la ruina y de la muerte. El Imperio había venido, según sus doctores, á destruir el Parlamento, los debates interminables, las fracciones batalladoras, los discursos de aparato, las guerras por el poder, todos los vicios del doctrinarismo. Y luego resultaba que el Imperio en sus postrimerías, como el viejo sicambro, adoraba todo lo que había quemado. Mas el fiero sicambro adoraba realmente una idea progresiva, una idea humanitaria, una idea, por la cual sentían ardiente fé las generaciones de su tiempo, el Cristianismo, en tanto que Napoleón restauraba algo que estaba muerto en la conciencia de su tiempo, la monarquía constitucional, abandonada de nuestra generación, ardiente amiga y devota de otro ideal, de la República.

## CAPITULO VIII.

### EL MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO ENFRENTADO DE LAS EVOLUCIONES IMPERIALES.

¿Habeis visto una comedia de magia? En ella, por regla general, suelen los personajes rejuvenecerse, ora vendiendo su alma al diablo, ora tomando misterioso amuleto que les procura pródiga magia. El rejuvenecimiento se verifica súbitamente y como por milagro. Las largas blancas barbas se caen; las manos trémulas se fortalecen; las espaldas encorvadas se enderezan; las arrugas se tornan lustrosa piel; y relumbrante mirada, y sonrosadas mejillas, y gritos de entusiasmo suceden al temblar, al cojear, al continuo balbuceo, á la verde palidez de la ancianidad, oscuro albor, si es permitido hablar así, oscuro albor de la muerte. El inocente niño, extático ante aquel cambio, cree que el viejo se ha vuelto joven y que hay allí arte diabólica ó intervención divina. Pero el público experimentado sabe que el personaje es el mismo, con la misma edad, y que se le han caído las barbas postizas, y los hábitos de estameña, el cayado y la calva, pero ha quedado íntegra é idéntica siempre á sí misma su sustancia.

Pues algo análogo sucedía en estos momen-

tos supremos con el Imperio. Había perdido los accesorios de su organización, y había conservado su carácter fundamental, su personalidad y su alma. En sus transformaciones se proponía, por caminos nuevos, lo que el actor se propone en la comedia de magia; engañar completamente al público. Los inexpertos podían á la verdad darse por engañados, pero el público en general veía que no estaban, no, cambiados en él ni idea, ni carácter, ni edad, ni alma. Por más disfraces que tomara, por más rejuvenecimiento que supusiera, á pesar de los cosméticos proporcionados por la sofistería doctrinaria, quedaba en su decadencia mortal, en su decrepitud vecina de la muerte.

Así, á medida que se redoblaban las concesiones del Imperio, se redoblaba también la oposición de la democracia, que por todo podía pasar, menos por deber sus derechos al infame verdugo del derecho. La agitación creció por el otoño de 1869 con motivo de las elecciones complementarias para el Cuerpo Legislativo, de las cuales debían celebrarse

algunas en París, á causa de haber sido nombrados sus representantes en otros distritos por los cuales optaron, teniendo, como tenían, seguro un triunfo para el partido republicano en la capital de Francia. Los emigrados, ausentes largos años de su patria, perdían la idea de la realidad, y suscitaban cuestiones inútiles, que apasionaban los ánimos, y los dividían en bandos enemigos, distrayéndolos de su verdadero ejercicio, de la implacable y continua guerra al cesarismo. Emilio Ollivier podía estar satisfecho. En las elecciones de la primavera, á fin de justificar sus injustificables apostasías, se parapetaba tras el falsísimo pretexto del juramento. En las elecciones del otoño los emigrados suscitaban á su vez con triste inoportunidad este problema enojoso. Félix Pyat, publicista republicano de brillantes formas y atrevidas ideas, dominaba el estilo literario, hasta en sus obras políticas un tanto extrañas y melodramáticas, encendiendo los corazones con sus frases caldeadas en sentimientos de fuego, en fé de apóstol; pero era dominado completamente por el peso abrumador de la realidad política. El arte de realizar las ideas, de encerrarlas en la práctica, de transformar con ellas los hechos, es uno de los artes más difíciles en que puede ejercitarse el humano talento y la humana actividad. Se necesita medir las propias fuerzas y las fuerzas enemigas con la exactitud con que el termómetro mide los grados del calor y el barómetro el peso de la atmósfera; ver las dificultades que oponen los hábitos arraigados y las tradiciones seculares con el ojo certero con que un general táctico vé el campo de batalla, las posiciones diversas, el número de sus contrarios; saber la inmensa distancia que separa la pura abstracción, la idea en sus determinaciones espirituales de la realidad en sus turbias corrientes; imitar la naturaleza en su lentitud y en su fecundidad, para que la obra nueva no sea la invención de un cerebro aislado y solitario sino la fé comun y la vida

universal de toda la sociedad; prever las consecuencias perturbadoras que puede dar una reforma y aperebirse á conjurarlas; refrenar á los revolucionarios impacientes é intranquilos que comprometen con sus exageraciones el progreso y retrasan con sus violencias la cosecha de las ideas progresivas; esperar que el desencanto natural á las tristezas eternas de la vida diaria le insulte, le injurie, le calumnie porque el hecho sombrío no ha respondido á la espléndida luz de la doctrina; y continuar, insistir, perseverar en su ministerio de renovación, sin desesperarse por la multitud de obstáculos, dejando el premio de su trabajo y la justificación de su conducta, así á las satisfacciones profundísimas de la propia conciencia como á los fallos inapelables de la historia.

Félix Pyat, en cuya ancha frente, en cuyos profundos ojos, en cuyo fruncido entrecejo se vé el resplandor de un alma tempestuosa, ha sentido el culto por la idea como el amor más ardiente y más puro de su vida; ha soñado desde niño con la renovación social y ha padecido dolores horribles por la suerte de todos los desheredados y de todos los oprimidos como un apóstol y como un mártir; ha luchado en esas batallas en que se derrama la sangre del alma, en que lentamente se consume la luz de la vida; ha henchido con sus ideas y con sus frases las aulas de las Universidades, las prensas de los periódicos, la cima de la tribuna parlamentaria, las calles de París, la inmensa soledad del destierro, los espacios del teatro moderno, los cielos infinitos del arte, la conciencia y el espacio; ha tenido la virtud de llamar á la vida del alma y al sentimiento del derecho á generaciones dormidas en el cieno de sus gocees; ha manejado una pluma flexible y brillante como hoja de toledano acero; ha llevado sobre su frente la lengua de fuego de la revolución; pero cual si habitara otros planetas, y viniera de otro mundo extraño al nuestro, cuando se ha tratado de la realiza-

ción de las ideas y de la madurez de los principios, desconociendo por completo la realidad y la vida, ha sacrificado á una frase brillante un progreso real, y á un idealismo vago una conquista segura, y al vuelo imposible por espacios inmensos pero vacíos el trabajo lento pero fecundo sobre nuestra pobre y limitada tierra. Es un poeta, es un publicista, es un orador, es un dramaturgo, sobre cuyos méritos no disputo; pero no es un estadista; porque toma la fiebre por la vida y quiere dirigir la tarda humanidad con las vanas fantasmagorías de brillantes, pero mentidos ensueños. Y un hombre así, metido á obra tan prosaica y positiva, como dirigir elecciones, contar electores, organizar compañías políticas, combatir poderes fuertes, trabajaba con la mejor intención del mundo, y sin que le enseñara nada la realidad, ni nada le advirtiera la conciencia, más por la causa de sus enemigos que por su propia causa.

El Imperio autoritario lo ganaba todo, y todo lo perdía la oposición republicana con el dichoso asunto de los juramentos. ¿Qué resultado práctico se alcanzaba en esta cuestión inoportuna y ociosa? ¿Qué fuerza se daba con ella á la idea republicana? ¿Era posible acudir á la revolución? ¿Era saludable suprimir la tribuna, apagar ese volcán de ideas, á cuya luz se esclarecían las conciencias y á cuya lava se calentaban los corazones? Merced á estos asuntos inoportunamente suscitados, los republicanos de la Cámara, que eran entonces la levadura única de la oposición al Imperio, y que debían ser al día siguiente la única base de un gobierno democrático, aparecían á los ojos de los más exaltados como gentes sin conciencia, como ciudadanos sin dignidad, como cómplices de su eterno enemigo el César, como comparsas de los cortesanos, solamente porque á un déspota, cuya voluntad no conocía ningún límite, se le ocurrió exigir juramento de fidelidad á su perjuración, juramento que en la conciencia pública pasa-

B.

ba como una fórmula sin idea, como uno de esos vanos y usuales cumplidos, tan faltos de todo sentido moral y real como de toda trascendencia política. La renuncia al juramento equivalía á la abstención proudhoniana, consejo político, norma de este innovador, el cual penetraba profundamente en las conexiones y armonías de las ideas con los hechos, pero desconocía la realidad de la historia y de la vida. La negación al juramento sólo podía dar margen á una escena dramática: á que los diputados se reunieran solemnemente y rasgaran sus togas de legisladores, dejando al Imperio sin fiscales que lo acusaran todos los días ante la conciencia humana, y á la opinión sin guías que la dirigieran al través de los escollos y de las dificultades presentes. El elocuentísimo publicista, secundado por el gran poeta Víctor Hugo, iba á conseguir con sus consejos bebidos en las puras abstracciones de la mente que se detuviera el progreso de las ideas republicanas y que se afanzara la absoluta autoridad del Cesarismo.

Y lo justo de nuestras observaciones se encuentra en los resultados inmediatos de esta agitación inoportuna, inconcebible. La extrema izquierda se dividió con escándalo, complaciendo con sus divisiones á los partidarios del César. Los electores republicanos se desorganizaron para agruparse en bandos enemigos, y dirigir contra sí mismos la actividad que antes empleaban contra el Imperio. Los candidatos imperialistas tuvieron por vez primera probabilidad de representar, si no moral, legalmente á París, á la ciudad irreconciliable, en las cimas de la tribuna francesa. Lo absurdo corría parejas con lo grotesco en esta desdichadísima empresa. Los mismos electores que en la primavera votaron á los candidatos republicanos les anunciaban que tuvieran por no presentado este voto y que dejaran sus sillas vacantes, su representación huérfana. Unos proponían que Ledru-Rollin, imposibilitado de presentarse en Francia, fuera el candidato votado en todos los distritos,

35

Otros proponían nombres desconocidos. Los utopistas más fantaseadores y los demagogos más gritones ostentaban sus candidaturas aterradoras, dividiendo las fuerzas del pueblo y sembrando el terror en las asustadizas clases medias. Mr. Cantagrel, que había escrito el *Loco del Palacio Real*, una locura en que presentaba cierto habitante de este vastísimo establecimiento, donde hay innumerables tiendas, cafés, fondas, círculos y dos teatros, decidido á no salir de allí porque encontraba alimento para su espíritu y para su cuerpo, goces para su fantasía y para sus sentidos, en demostración de la posibilidad del falansterio fourierista, demostración dada ya desde muchos siglos por frailes de todos los conventos; Mr. Cantagrel, decía, se presentaba ofreciendo nada ménos que la liquidación social, como si las sociedades humanas fueran alguna compañía de comercio, y esperando que á la primera revolución el gobierno apropiara á todos los fabricantes y se quedase con todas las fábricas para dirigir las por sus funcionarios y explotarlas por sus trabajadores, y tenerlas á su cuenta, con lo cual se arruinarían gobierno, fabricantes y trabajadores, convirtiéndose, en compensación de esta desventaja, las sociedades humanas en inhabitables cuarteles. Y en esta Babilonia de pretensiones encontradas, de deseos desenfrenados, de historias entre los partidarios de una misma aspiración, quien realmente ganaba era el Imperio y quien perdía realmente el partido republicano, cuyas últimas victorias en las mayores ciudades de Francia se desautorizaban tristemente á los ojos del pueblo y perdían toda su fuerza moral en este horrible caos. Y después de tantas palabras dichas con fervor, de tantos discursos declamatorios, de tantos artículos incendiarios, de tantas discusiones inútiles, había resultado en realidad el descrédito de muchos demócratas, la exaltación febril de los pueblos, el desencadenamiento de las más insensatas esperanzas, y la candidatura de Rochefort, admirable

como folletista, incompatible con la vida y los deberes penosos del Parlamento, especie de escritor ligero que, lleno del hidrógeno ligerísimo de los favores populares, subía, y subía con grande rapidez, como uno de esos globillos que entretienen á los niños, juguetes vistosísimos, pero frágiles y quebradizos.

El partido democrático nadaba en el éter de las utopías celestes, de los sistemas irrealizables. El socialismo se había apoderado de todas las reuniones públicas, y sus ideas eran el verdadero narcótico que hacía dormir y soñar. Durante la primavera de 1869, fueron las reuniones verdaderos clubs revolucionarios, donde todo el mundo se creía con derecho á tirar su piedra al capital y al ahorro en medio de largos rutilantes períodos, que por lo sonoros, eran como el ruidoso trueno de aquel vano relampagueo. En otoño entraba más la calma en los ánimos, la razón en los discursos, pero la utopía quedaba siempre viva, siempre inmanente, como una aspiración tenaz é incontrastable. El diligente redactor del *Diario de los Debates*, que asistía á estas reuniones con tanto celo y las historiaba con tanto método, Mr. Molinari, oía ya cómo se recibían las declamaciones con bostezos y cómo se contestaba á los períodos demagógicos y vacíos con la frase imperiosa: á los hechos, á los hechos, reclamando algo más que vanos temas de elocuencia, reclamando verdadera doctrina. Muchas veces los debates degeneraban en apasionados, y las pasiones que sobre ellos resonaban, solían á su vez engendrar verdaderos y ruidosos tumultos. Pero estos tumultos debían imputarse á la legislación vigente entonces. Los oradores, después de aquel largo período de veinte años, después de aquella durísima opresión, se miraban unos á otros con estupor, y querían contarse los sueños de sus sepulcros, como los muertos resucitados que el genio ha puesto en las paredes del cementerio de Pisa ó de la capilla Sixtina. Y era natural que en las tinieblas palpables, en el frío del sepulcro,

enterrados vivos, abrigaran las pasiones de venganza más exaltadas, y concibieran los proyectos de renovación más utópicos. Todos los apocalipsis, todas las visiones de mundos destruidos y de soles apagados, de planetas que se esparcen á los cuatro vientos como pavesas y de cielos que se arrollan al incendio universal, como los pergaminos al fuego; todos esos poemas delirantes, cuyas maldiciones no se contentan sino con destruir las raíces de la vida presente, y cuyas esperanzas llegan hasta encender nuevos soles y trocar en fantásticos coros de ángeles y de seres sobrenaturales á las tristes razas de la positiva humanidad, todo eso ha sido escrito con la argolla al pié y la cadena en la mano por desterrados y por esclavos, en las grandes y espesas noches del humano espíritu, alumbradas sólo por los ojos siniestros, fosfóricos, de esas aves de rapiña que se llaman los Baltasares y los Sardanápalos.

Además de la razón general de la política cesarista había la razón particularísima de que, al abrir un respiro á la libertad de la palabra humana y al derecho de reunión pública, trazó el Imperio unas leyes, que adulteraban y corrompían todas estas innovaciones. Daba á respirar aire, es verdad, pero aire raro y apestado. El comisario de policía estaba allí para coger las alusiones al vuelo, para impedir que se tratase de religión y de política. Discutid un asunto cualquiera de ciencias sociales y económicas, y no toqueis á la religión que es todo el cielo, y no toqueis á la política que es toda la tierra; y ved luego cómo habeis de componeros para andar sobre estas árdidas cuestiones como sobre el filo de un cuchillo. Luego el comisario es iliterato; no conoce la ciencia, no entiende por ende los límites de ella, ni la relación de unas esferas con otras esferas del entendimiento humano, y mientras deja libres las alusiones más irreverentes y las ideas más demagógicas, reprime los discursos inocentísimos, los

desahogos del corazón, las expresiones literarias de más corriente uso y de ménos ofensivo sentido. En una de las reuniones se hablaba del carácter de las escuelas socialistas. Era difícil tolerar tal tema é impedir su roce con la religión y la política. Los oradores se despachaban á su gusto en presencia del comisario mudo y extático, y se divertían en pasar por los oídos del representante de la autoridad temerarias afirmaciones religiosas y políticas envueltas en el talco de falsas apariencias científicas. De pronto, uno anuncia que va á hablar de la obra de Proudhon *La observancia del Domingo*, en que este célebre publicista aboga por el reposo en tan sagrado día. Y el comisario, al oír ese nombre, imagina que se va á decir algo contra los mandamientos de la Iglesia, y no solo interrumpe al orador con violencia, sino que levanta la sesión pública en medio del más espantoso tumulto. Para comisarios de policía con semejantes leyes se necesitaban hombres versados en historia, en economía política, en ciencias teológicas y filosóficas, una especie de Picos de la Mirandola, capaces de leer con su penetración hasta el fondo de las humanas intenciones, y de abrazar en su vasta mente todas las diversas ramas del saber humano. Hé ahí la eterna ilusión de los déspotas; contener la actividad del hombre en los límites arbitrarios de sus leyes artificiales, corregir con el rasgo de una pluma y con el impulso de un capricho las fatalidades inevitables del Universo y la naturaleza eterna de la sociedad. La libertad es como el océano, parece á primera vista infinita, pero tiene sus límites naturales dentro de la condicionalidad y de la contingencia de nuestro ser. No la limiteis, pues, artificialmente, porque se tragara en sus profundos abismos vuestro frágil límite. Dejádla abandonada á sí misma, en su derecho eterno, y vereis cómo de su seno se exhala el aire que renueva vuestra atmósfera, y la humedad saludable que mantiene vuestros campos. Pero azotadla y sacareis lo que aquel